

“La Isla de Java” por Roxane, Batavia, 1931 en *El Mercurio*, Santiago de Chile, domingo 3 de enero de 1932

Dos días de navegación por la zona ecuatorial nos llevan de Singapore a la isla de Java. Nos abate el calor del día y nos extasia la claridad irradiante de la noche; los atardeceres fantasmagóricos son de una belleza única, alimentados sólo de jugo de frutas y bebidas heladas, nuestro espíritu se sublimiza y se mantiene en una dulce embriaguez. Nadie podría obligarnos al menor esfuerzo físico; nuestros párpados se eluornan y, tendidos sobre los puentes, encarando al cielo estrellado, nos dejamos mecer por el oleaje perezoso del mar indiano. De improviso retumba el trueno, zigzaguea el relámpago y una fina lluvia nos refresca.

La caravana del Belgenland languidece y adquiere la estigmática palidez oriental. Estamos justamente en la mitad de nuestra jira alrededor del mundo; nuestros managers nos van a dar ocho días de asueto en tierra firme. Antes de llegar a Batavia, no comprendía por qué se había escogido esa isla indo-holandesa para descanso del turista.

Después, sí que lo comprendí. Java es el punto luminoso de mi viaje alrededor del mundo.

Un poco de historia.

Java, aunque no la más extensa de las islas Malucas, es la más importante. Su población de 49 millones de habitantes es una de las más densas del mundo. Bajo el punto de vista de arte y civilización, esta isla es de gran interés; también lo es por su riqueza inagotable.

Ya desde siglos antes de la era cristiana los griegos y egipcios, entre ellos el geógrafo Ptolomeo, comentaban sus monumentos y hablaban de un reino muy prospero y bien organizado. En la época medioeval Java fue invadida por musulmanes e hindúes y construyeron maravillosos monumentos en Bali, Borobudur, etc.

En 1600 Java y Sumatra cayeron en poder de los portugueses; después vino la dominación de la famosa Compañía de las Grandes Indias, inicua explotadora de las riquezas de Oriente y finalmente fue conquistada por los holandeses, que dominan a Java con ligeras intermitencias, en un período de dos siglos y medio.

Anclamos en Tandjonz Priork, puerto principal de Java situado a seis millas de Batavia.

Desde la ventanilla de mi camarote veo levantar el sol entre una inmensa selva.

El beagle? de a bordo toca a rebato... Llego atrasada al comedor y encuentro a mis madrugadoras compañeras conversando con un chileno: Pablo Neruda... Si, el poeta excelso, el poeta de renombre español y americano nos da la encantadora sorpresa de su presencia. Se ha casado recientemente con una linda javanesa de origen holandés.

—Maruca de Reyes,—dice la esposa de Pablo,—ese es mi nombre. (El nombre del poeta es Neftalí Reyes).

Pablo Neruda insiste en que abandonemos el itinerario de turismo y nos conduce a Batavia.

Al fin solos,—podemos decir,— al fin entre chilenos y hablando nuestro idioma.

Las seis millas que nos separan de Batavia se abren camino entre el río navegable para sampanes y pequeños vapores y la jungla húmeda, enmarañada y malsana.

—Jungla traidora,— dice Neruda con nostalgia,— quien se recuesta bajo su sombra debe temer la picadura del insecto, el veneno del reptil o la urticaria de sus árboles. En Chile la naturaleza es madre y no enemiga.

A medida que avanzamos hacia la capital la jungla cede el paso a los habitantes de casitas cuyos muros laterales son de petate trenzado. Al frente dichas casas están abiertas como corredores que sólo se cierran en la noche para evitar las visitas de la pantera negra de Java y de las intrusas serpientes.

El río abunda en bañistas y lavaderos. Digo lavaderos porque este oficio casero es ejecutado allí por hombres... Los trabajos pesados se dejan para las mujeres...

La capital de Java consta de tres ciudades: la vieja Batavia, barriada pobre, con canales entrecruzados y viviendas arcaicas que fueron construidas por los primeros colonos holandeses imitando el estilo de Ámsterdam; Weltebreden, ciudad jardín, cuyo chalets se ocultan entre palmeras, cocoteros y platanos y Micer Cornenus donde habitan los parceleros de la clase media javanesa.

La casa de Pablo Neruda está en Weltebreden; solo dos habitaciones son cerradas y, aún éstas, tienen pequeños agujeros en los muros para que los pájaros hagan allí sus nidos. Nido de amor es aquella minúscula vivienda del Cónsul Chileno.

Un muchacho cingales, compañero de andanzas del poeta, nos sirve un almuerzo javanés.

El carry criollo forma todo el menú. En un mismo plato se van acumulando trozos de pollo, de pescado, legumbre, coco, arroz, etc. y sobre todo esto la salsa picante con diversas especias que sólo un paladar curtido puede soportar.

Probamos también las frutas tropicales, que saben a maná del cielo... el rampulán pulutan, y la guía malaca, que es confeccionada con tapioca y coco.

Pablo Neruda nos refiere sus viajes durante cuatro años por Birmania, Indochina y la India. Muchos de esos viajes los hizo a pie en compañía del cingalés. Tiene anécdotas curiosísimas sobre Mahatma Ghandi y Tagore.

También evoca a Matha Hari (OJO DEL DIA) mestiza javanesa, que puso de moda en Europa las danzas de esta isla.

j—Los holandeses son buenos colonizadores, — dice Pablo, — comienzan por aprender el idioma nativo sin tener interés por enseñar el suyo. El Gobernador General tiene rango de virrey; las ceremonias son las de una corte real y por consiguiente nuestras obligaciones diplomáticas son costosísimas. Nadie se imagina la intensa vida social que hay en este país.

La hora de la siesta transcurre en la diminuta terraza del cónsul. Hay tantos recuerdos de la patria lejana, tanta pregunta sobre los intelectuales, cuya compañía añora el poeta. En ese momento Madrid le edita un nuevo libro de poesías, Maruca pone en la conversación la gracia de sus balbuceos en lengua castellana, como un chico que comienza a hablar. La linda javanesa tiene una cultura vastísima y sirve de secretaria al poeta.

Al atardecer llega en su automóvil el Cónsul general de los Estados Unidos en Batavia, y todos juntos vamos a visitar la ciudad.

Como hormigas de su madriguera sale la muchedumbre a la caída de la tarde. Casi todos los javaneses, desde el simple coolie hasta los príncipes de dicha raza visten el tradicional sarong de batik. Consiste en una tela preparada con cera derretida y, en seguida teñida y pintada con figuras estilizadas, motivos tradicionales, heráldicas, animales sagrados, etc., que demuestran el genio creador del artista javanés. Toda joven javanesa, desde la más humilde hasta la de casta principesca, sabe ejecutar el batik que

en seguida envuelve sus ondulantes caderas y les cubre hasta el tobillo. Hombres y mujeres llevan el sarong a manera de falda o pantalón. Los hombres generalmente van con el busto desnudo y las mujeres completan un indumentaria con un co piño que cubre su pecho, dejando desnuda la cintura. Un largo velo rojo, azul o anaranjado, forma marco a sus cobrizos rostros y se enreda en las caderas. Cuando cargan un bebé, la tercién? a la espalda atado con una echarpe de batik.

La mayoría de los javaneses van descalzos. Es muy peculiar la postura que usan para descansar. Bajo la sombra de los cocoteros les vemos horas de horas enchilados y masticando betel.

– Observen ustedes las bocas y los dientes rojos de esa gente, – dice Pablo Neruda. – Viven masticando betel, un preparado de hierbas que da a la saliva el mismo color de la sangre. Tal vez es para ellos el vicio del betel, como para nosotros el del tabaco.

Nuestra primera noche en Java se prolonga hasta la madrugada en el magnífico Club del Capitolio.